

LUIS ONDARRA

EL FAX



Diseño portada: Isabel Capdevila
Ilustración: foto © Isabel Capdevila

Primera edición: junio 2016

© Luis Ondarra, 2016

© HakaBooks.com, 2016

C/ Fátima, 46

08204 Sabadell

ISBN: 978-84-945001-3-8

Depósito Legal: B 14264-2016

A mis hijos, Sabin y Rita.

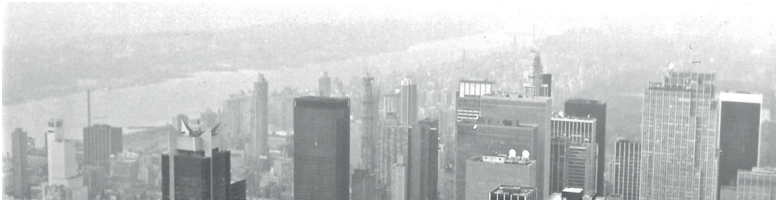
PRÓLOGO

La influencia del Destino, lo que nos depara, está más allá del alcance de nuestra voluntad. Es norma de vida y nadie, ningún mortal, ha podido jamás hurtarse a ella. Desconocemos el futuro y por tanto lo que habrá de venir, qué será de nosotros. Desconocemos sobre todo cuándo y cómo hemos de morir aunque, según dicen, “escrito está en las estrellas”. Pobre consuelo porque, al fin y al cabo, ¿quién sabe leer el número de una calle o el calibre de una bala en las estrellas?

Ni Pablo, ni Sebas, ni Loren sabían hacerlo. En realidad jamás se les había ocurrido escudriñar el cielo nocturno tratando de descubrir en él cuál sería su futuro. No tenían motivo para ello. Sus vidas transcurrían en paz, apenas sometidas a otra lucha que el cotidiano forcejeo entre lo que uno desearía y lo que las circunstancias le permiten alcanzar. Y sin embargo su plácida existencia estaba a punto de precipitarse, por un capricho del Destino o un guiño cruel de la casualidad, en una dirección inesperada, oscura e incontrolable. Un giro brutal, que podría calificarse de absurdo, iba a envolver de forma dramática su existencia. Irónicamente, cuando parecía que habían logrado algo por lo que hacía tiempo que luchaban, la suerte les dio la espalda.

Probablemente fueran inocentes de cuanto sucedió, tanto como

cualquiera puede en la vida serlo, y a pesar de ello difícilmente serán borradas las sombras de sospecha que sobre ellos vertió la policía. El caso quedará, como uno más entre los que llenan los archivos policiales, sin resolver, abierto, a la espera de que lo cierren los años y el olvido. Si la Justicia existe, nadie ha dicho que deba ser en esta Tierra.



Capítulo 1 : NEW YORK

“Sí, sí, sí, sííí amigos, essto es Radio Corasón, tu emisora neoyorquina, la emisora para el mundo de habla hispana en el ciento siete punto ocho. Estamos aquí para acompañarte en esta tarde lluviosa y para que tú también nos acompañes. Si estás en tu carro parado por los embotellamientos, o en tu departamento viendo por la ventana cómo se derrumba el cielo; si estás melancólico..., ahí va un poco de música para levantarte el ánimo. Rosanna te la dedica a ti, Robert, porque te quiere, para que pienses en ella, para que sssueeeñes con ella mientras manejas tu taxi. ¡Pero cuidado con el tráfico en este día loco! Agárrense el paraguas si tienen que salir. COLOOOORRRR con Celia Cruz en Radio Corassón, la emisora del Amoor.”

Los acentos cálidos del “son” inundaron el interior del vehículo. La irrupción de la música tuvo el efecto mágico de poner en onda a los tres amigos, les calentó el espíritu. Improvisaron una orquestina siguiendo el ritmo de la canción y repitiendo a coro el estribillo:

Tus labios son ricos,
dulce melaza de caña,
saben a rico panal,
dulce miel azucarada.
Pero más rico en su sabor
es el azúcar cubana.

Hacía cinco días que habían llegado a Estados Unidos procedentes de Barcelona. Con motivo de la conmemoración de los cien años del baloncesto, preparaban un documental sobre su historia para el Canal 6 de televisión. Venían de rodar en Boston, cuna de los Celtics, y Springfield, la pequeña población del estado de Massachusetts donde James Naismith inventó el deporte a finales de 1891. Habían trabajado duro. En el maletero del coche llevaban un montón de cintas de vídeo: quince entrevistas a jugadores míticos de diferentes épocas, cuanto material gráfico se podía encontrar sobre Naismith y los inicios del baloncesto, e imágenes de archivo de incalculable valor con los primeros partidos que se filmaron allá por los años veinte. New York, la Gran Manzana, la ciudad soñada, sería su última escala en la Costa Este americana antes de regresar a casa.

Formaban un equipo pequeño pero bien avenido. Siempre al mando de la nave, conducía Pablo Bontemp, sus ojos claros resaltando en el rostro con barba y bigote, uno setenta de estatura, casado y con dos hijos, comentarista deportivo de prestigio que había dedicado más de la mitad de sus cuarenta y cinco años al baloncesto; él había escrito el guión, entrevistaba a los personajes, y presentaba el documental. A su lado, en funciones de copiloto, con un plano de la ciudad arrugado sobre las rodillas y aguantándose las gafas con la mano derecha, balbuceaba confusas indicaciones Sebastián Molinero, el despistado de Sebas, miope, treinta y tres años, un cuerpo de metro noventa algo desgarrado, soltero y con una novia funcionaria de la Comunidad Europea en Bruselas; su oficio era la producción, es decir, una indefinible tarea que va desde elaborar presupuestos, obtener dinero y administrarlo, hasta llegar con las hamburguesas calientes para alimentar al hambriento equipo o conseguir una bombilla en medio de la selva amazónica. Tumbado en el asiento trasero con su dolor de muelas, Lorenzo Ecenarro, Loren, había pasado todo el viaje dormitando bajo los efectos de un par de analgésicos; metro ochenta y uno, hipocondríaco sin remedio, treinta y cinco años, casado y con un hijo de poco más

que quince meses, era el realizador, algo así como el creativo del trío, el encargado de poner en imágenes los conocimientos de Pablo y dirigir a los equipos que contrataban en cada viaje, responsable de batallar con cámaras, iluminadores y montadores para hacer el trabajo en el tiempo previsto y lograr que casi no se notara la escasez presupuestaria.

Si hubiese habido que definirlos como diferentes partes de un mismo cuerpo, el bueno de Sebas habría sido el corazón, el eslabón afectivo, la bisagra que los unía y que dejaba aflorar de su interior, en los ratos libres, un niño grandullón dispuesto siempre a ser feliz. En cuanto a Pablo, de carácter firme y obstinado, aficionado a la ironía, era el auténtico cerebro, la cabeza rectora y el rostro que identificaría el público, el motor que les impulsaba. Por último Loren, de formación artística y libresca, inquieto e imprevisible, capaz de entusiasmarse tras una súbita idea o ensimismarse en una obsesión, representaba los ojos, la inspiración necesaria, la sensualidad del grupo.

Pero más rico en su sabor
es el azúcar cubana.

La orquestina de latas, palmadas y aullidos, seguía atronando el interior del vehículo mientras atravesaban por el puente Washington en dirección al centro de Manhattan. Eran las siete de la tarde del miércoles 20 de Junio de 1990. En medio del tremendo aguacero, se dirigían hacia la calle 55 entre la Quinta y la Sexta Avenida, en pleno Midtown, donde se encontraba su hotel, el Mortick.

- ¡Yuju! -gritaba Sebas mirando como un poseso por las ventanillas-, ¡por fin en New York! ¡La capital del mundo en mis manos!

Y empezó a improvisar por su cuenta aquello de “AQUI ESTAMOS DULCES AMIGUITOS, RADIO CORASSON EN NEW YORK PARA TI, DIRECTAMENTE DESDE USA, DESDE LA MISMISIMA YANQUILANDIA PEQUEÑO,

RADIO CORASSON EMITIENDO POR SATELITE TU ROCK-ROCK-ROCK'N-ROLL DE MANHATTAN. YOU GOT IT? ¿LO TIENES? PARA QUE MUEVAS TU BODY, COLEGA, EN RIGUROSO ESTRENO, GIVE ME FIVE!, ¡¡¡CHOCALA!!!: ¡¡¡EL ROCK DEL BASQUET!!!”

Y a continuación subió el volumen de la radio y se puso a canturrear, hinchando los carrillos, un descabellado rock de su invención que, al mezclarse con el “son”, derivó en un auténtico escándalo. Y Loren y Pablo no tuvieron más remedio que acallarle a gorrazos.

La inscripción en el hotel resultó larga y accidentada. El empleado que les atendió, un hombre rubio y seco con cara de palo, les exigió que rellenaran los formularios con todo detalle cuando vio que pagarían con un talón de la agencia de viajes. Mientras lo hacían, se desentendió de ellos para dedicarse a un grupo de ejecutivos yanquis recién llegados. Fue inútil que Pablo intentara atraer la atención del segundo recepcionista, un tipo bajo y moreno de expresión amable: a una seña brusca del primero, se alejó disculpándose con una sonrisa. Una vez acabó con el grupo, el puntilloso empleado recogió sus fichas y se demoró largo rato comprobando las reservas y asignándoles habitación en el ordenador. Finalmente les pidió las tarjetas de crédito para cargar en ellas los gastos extras. Sebas, en sus funciones de productor, le indicó que pagarían al contado, pero el hombre no lo aceptó. Ante la negativa, optó por sacar su tarjeta de crédito como garantía de los gastos de las tres habitaciones, y ni aún así el terco recepcionista se dio por satisfecho: quería las tres, argumentó con malos modos, porque el señor Pablo Bontemp se marchaba al día siguiente, jueves 21, mientras los señores Lorenzo Ecenarro y Sebastián Molinero permanecían en el hotel hasta el sábado 23. Pablo, indignado por sus maneras, decidió explotar e inició a voz en grito una retahíla de reproches sobre el trato al cliente. Su estrategia surtió un efecto inmediato y los huéspedes

que se hallaban en el vestíbulo giraron el rostro con curiosidad. El antipático individuo reculó en su actitud y, visiblemente nervioso, aceptó la tarjeta de Sebas. Pero se equivocaba al pensar que aquel gesto sería bastante para aplacar a Pablo y echar tierra sobre su desagradable comportamiento. Pablo exigió la presencia en el lugar del director. Aquel anglo estirado y clasista se puso verde, tragó saliva, y tuvo al fin que pedir públicamente disculpas delante de su jefe de personal. Aún así, el condenado recepcionista logró vengarse porque ya había asignado las habitaciones: instalaron a Sebas en la 1117, a Loren en la 1424, y a Pablo en la 1712; en total, seis pisos los separaban.

Desde las amplias ventanas de su cuarto, Sebas contempló la lluvia que caía iluminada por la luz de las farolas. La tormenta no había sido capaz de enfriar un solo grado la temperatura enfebrecida de sus emociones: estaba al fin, por primera vez en su vida, en New York; se había hecho realidad el sueño largamente acariciado. Pablo y Loren, que conocían bien la ciudad, se habrían reído de su actitud embelesada. Veía muy abajo, entre los humos de la ventilación del metro que surgen del asfalto, un universo de paraguas corriendo en todas direcciones. A su alrededor, los gigantescos rascacielos dedicados a oficinas a esa hora vacías, tenían sin embargo muchas de sus ventanas iluminadas. Le pareció que la ciudad, que olía a humedad y moho como la misma habitación, era ese magnífico espectáculo que había esperado, y se sintió en casa.

Llamaron a la puerta. Cuando abrió, se encontró frente a un botones de corta estatura y aspecto hispano que se dirigió a él en ese español mezclado con inglés que llaman “spanglish”.

- ¿Su maleta, señor?

- La bolsa negra.

El muchacho cogió la pesada bolsa del carrito de los equipajes y la dejó sobre un banco alargado instalado al efecto. Lo hizo con sorprendente soltura a pesar de su escasa talla. Sebas le observó

con descuido, preocupado por hurgarse los bolsillos en busca de un par de dólares.

- Ten -le tendió los billetes.

- Gracias, señor. ¿Conoce nuestras habitaciones? Allí tiene el minibar -e indicó la pequeña nevera-, éste es el termostato que regula la temperatura -tocó la ruedecita blanca adosada a la pared-, y en el teléfono hay contestador automático para que le dejen los mensajes si no está. Se pone en marcha a la sexta llamada. Al lado encontrará las instrucciones. Si quiere...

- No te molestes -le cortó Sebas con gesto amable-. Creo que me las arreglaré.

- Muy bien, señor -una sonrisa radiante, de dientes perfectos, iluminó su rostro. No dude en llamarme si necesita cualquier cosa. Le deseo una feliz estancia entre nosotros -y se dirigió a la puerta.

- ¡Espera...!, espera un momento.

El chico se detuvo en el umbral. Sebas sostenía la bolsa que acababa de dejar.

- Nos hemos equivocado de bolsa. La mía es aquella otra -señaló el carrito-. Esta es la de uno de mis compañeros, Pablo Bontemp, piso diecisiete, habitación...

El botones consultó con diligencia un papel que llevaba en la mano.

- ¿1712?

- Seguramente.

- ¡Vaya, lo siento! Son casi iguales -exclamó al tiempo que cogía la otra bolsa.

- Sí, al ser las dos negras...

- Permítame...

- Es igual; yo la colocaré.

Sebas dejó caer la segunda bolsa sobre el banco mientras el chico colocaba la primera de nuevo en el carrito y desaparecía camino de las habitaciones de Loren y Pablo. La abrió y fue distribuyendo su contenido por perchas y cajones. Cuando la hubo vaciado, la retiró